

Sijor, el cómplice

Elogio de la complicidad espiritual

José Antonio Solórzano Pérez, O.P.

“Narrar lo vivido. Fidelidad al amigo”

“Narrar lo vivido. Fidelidad al amigo”, (Tercer pergamino, pág. 167) es un título que utiliza José Antonio Solórzano en su ‘nubola’, como así le gusta definir a su libro *Sijor, el cómplice*, que hoy presentamos. De esto se trata: ‘de narrar lo vivido’. El autor logra realmente transmitir lo que previamente ha sido vivido. Y lo logra apropiándose de un lenguaje que no le resulta ajeno, es el lenguaje de la amistad. La amistad, como todos podemos intuir por experiencia personal, tiene sus propios recursos de expresión cuando los amigos buscan su complicidad. Hay una complicidad entre *Sijor* y los diversos personajes del libro con los que se encuentra a lo largo de su narrada vida, especialmente con su amigo Juan. Ya se señala en el prólogo: no se trata tanto de buscar como de encontrar. Claro que resulta difícil encontrar lo que previamente no ha sido buscado. Partir del encuentro y no de la búsqueda deja espacio para la sorpresa, para lo inesperado, para lo no calculado de antemano, para la amistad.

El libro educa, transmite espiritualidad y despliega reflexión teológica

Desde este preámbulo no puedo evitar la pregunta por las sorpresas encontradas. Dichas sorpresas se vuelven hallazgos, indicios, señales, que nos llevan a manejar la lectura del libro de otra forma, bajo otros puntos de vista, con otra mirada y orientación. Yo diría que el libro contiene un texto, una expresión literaria que **‘educa’**, **‘transmite espiritualidad’** y despliega **‘reflexión teológica’**.

Sabemos que en la producción de una obra literaria intervienen muchos elementos, todos ellos necesarios para que lo escrito resulte ‘agradable’, ‘empático’, ‘lleno de mensaje’, ‘apetecible a la lectura’ y, si cabe a ‘la interiorización’: el autor, el contexto, el tiempo, el lugar (o lugares) donde se escribe, los recursos literarios que se utilizan, el mensaje que se quiere transmitir, el lector y oyente de esa palabra fijada por escrito, los códigos del lenguaje, los sentidos que sugiere, etc. Yo solamente me voy a fijar en tres elementos: en el autor que se descubre detrás de las palabras y los párrafos, en el posible lector potencial y en el contenido o expresión más teológica (Teológica si lo prefieren) de libro que hoy presentamos. Porque, ante todo, el libro es un diálogo. Pretende mostrar algo importante, pero dialogando. Por eso quiero fijarme en los protagonistas de ese diálogo: **un autor** más o menos escondido en la palabra que propone, **un lector** que se descubre, quizás así mismo y un **contenido** que entretiene.

El libro, *‘Sijor. El cómplice’* es un libro que educa en la fe. Para desarrollar esta afirmación nos fijamos **en el autor que se esconde**. Claro, lo importante no está tanto

en la fe personal del autor como en la fe del creyente en Jesucristo. Sobre el **autor** no voy a decir nada que ya no sepáis. Está aquí y es de todos conocido. Pero si quiero resaltar algo del autor que, escondido, 'subyace en la nubola'. Lo voy a hacer recordando una anécdota de hace unos cuantos años, cuando Solo deambulaba entre las aulas como docente, buscando siempre despertar en los discentes la persuasión de que éramos poseedores de un mundo interior lleno de posibilidades, de creatividad y de libertad. Cuando estudiaba en Valladolid, Filosofía y Pedagogía, Solo nos impartió unas clases en la asignatura *Teoría de la Educación*. En la primera de sus clases, recuerdo que señalándome con el dedo me 'sacó al encerado' (entonces era más tímido o más temeroso que ahora) y me pidió: 'escribe en el encerado a tus compañeros la última pintada que hayas visto en la ciudad y que te haya llamado la atención'. Recuerdo haber escrito: '*Abajo los testigos de Jehová. Muerte a los desertores*'. (En aquellos años los Testigos de Jehová generaban debate público al negarse al servicio militar y en una ciudad como Valladolid, donde el ejército había estado muy omnipresente durante la dictadura de Franco).

Lo escrito sirvió al profesor Solórzano para glosar el contenido de toda una clase, hablando desde la fidelidad a los principios y creencias, sobre el conflicto de fidelidades que en no pocas ocasiones se generan entre la fidelidad a uno mismo y a las instituciones en las que está metido y en las que trabaja, hasta una reflexión maravillosa sobre los valores que se derivan para una sociedad cuando no pierde el horizonte de lograr una convivencia sin necesidad de acudir a la violencia o a la imposición. Aún más, me llamó la atención la profundidad con la que nos invitó a mantenernos despiertos para observar la realidad, los detalles, lo espontáneo, que también dice mucho de nosotros. Todo ello fue analizado con el rigor de quien ha leído mucho y tiene la capacidad de acudir a lo leído para apoyar, en otros autores, las mejores argumentaciones.

Me llamó tanto la atención aquello que pensé: 'no hay mejor teoría de la Educación' que ésta: afinar los sentidos para ver y percibir mejor la realidad que nos rodea y, en esa misma medida, el propio mundo interior, aquel donde anidan las pasiones, las creencias, las búsquedas, el seguimiento. Este ejercicio nos educa porque nos perfecciona. No sé si nos hace mejores, pero al menos nos desarrolla y nos enseña buenos usos y costumbres. Nos vuelve más inquietos e imaginativos. Nos hace algo más soñadores y probablemente por ello más auténticos, más fieles a nosotros mismos; nos despoja de ropajes artificiales y nos ayuda a tomarnos el pulso con lo que queremos llegar a ser.

Las grandes gestas literarias surgen de las anécdotas de lo cotidiano. Una conversación de autobús, la frase o expresión que uno oye de los jóvenes o no tan jóvenes que están hablando a nuestro lado, la pintada en el metro, etc. son motivos

para la reflexión, el diálogo o el intercambio. Para el encuentro con la Palabra de Dios y el mensaje de Jesús en el Evangelio.

Pues bien, el autor que subyace a esta obra literaria es, ante todo, un educador. Se percibe, entre líneas, desde la primera página hasta la última. En sus páginas sigue escondido el Educador que se deja ver en las afirmaciones de los personajes que ha inventado para transmitir experiencias y vida. Para transmitir la fe. Me llama la atención la fidelidad a este principio. Realmente es una vocación. A través del protagonista, *Sijor*, nos vamos 'educando' en la realidad que se va describiendo. Esta va variando, como una nube; va adquiriendo nuevas formas, nuevos dibujos, nuevos colores e intensidades. Algunas veces lo observado es un gran nubarrón, otras por el contrario muestran una luz tenue, clara, contundente. La fe pasa por toda esta gama de colores. ¿Acaso nuestra fe no va pasando por toda una gama de colores? Porque nunca es del todo plana. También tiene sus arrugas.

Es un libro que transmite espiritualidad. Para desarrollar esta percepción nos fijamos en el ejercicio de lectura. Es una lectura que va llevando al lector y lo conduce. Lo detiene cuando éste alza su vista del libro y se 'para a pensar'. En ese momento el lector entra más hacia sí mismo, hacia sus adentros. Comienza a interiorizar y dialogar en silencio. Por ello **el segundo elemento que quiero resaltar es el del lector**. Suelen decir los expertos que el éxito de un libro está en su capacidad de 'atrapar' conciencias e introducir al lector en la propia historia narrada o contada. He de afirmar que la lectura del libro 'atrapa'. Permite al lector intercambiar su propia historia con la historia contada. La experiencia relatada no resulta del todo ajena. Hay posibilidad de encuentro y de fusión de experiencias.

He de confesar que cuando me inicie en la lectura del libro y en la medida en que iba avanzando entre sus páginas, iba necesitando hacerme más silencio, como si el propio interior quisiera ganar más espacio, abrirse más a la imaginación e identificarse con los personajes y las situaciones que describen. En alguna ocasión he necesitado del recurso de la música ambiental, suave y penetrante, para lograr aún más ese silencio ambiental deseado. No está de más que en la lectura de un libro nos acompañen algunos de nuestros mejores clásicos. Mozart fue mi ayudante. Mozart es el compositor de la creatividad y el sobresalto. ¡Rompió tantos moldes en los cánones musicales de su época! *Sijor* y el gran compositor abarcan desde la luz y la elegancia, a la oscuridad y la pasión. Todo bien fundido por una visión de humanidad 'redimida' por el arte de la escritura y de la música, una humanidad perdonada y reconciliada con la naturaleza y lo absoluto. *Sijor* logra una comunicación reconciliada.

Por ello, el lector se encuentra con una expresión literaria serena, rica en matices, en algunos momentos reconciliada y satisfecha, apasionada, elegante y gratificante. Hay un don del Espíritu, de la interioridad, atrapado entre las frases y las palabras. Hay ánimo, valor, brío, esfuerzo, vivacidad, ingenio, vigor... todo ello

palabras del Espíritu. Pero, también hay fidelidad, entrega, pasión, cariño, búsqueda, encuentros... cualidades de ese mismo Espíritu.

Es un texto teologal, con trasfondo teológico. No es un tratado de teología. Ya lo dice el autor al inicio del libro: 'que nadie busque en sus páginas un tratado teológico'. Pero eso no quiere decir, añado yo, que en la trama y entramado de sus capítulos (Pergaminos como gustan llamarse) no haya atisbos y más que atisbos de teología. Se equivocan aquellos dados a pensar en que la reflexión teológica sólo tiene como vía de expresión la 'puramente racional y argumentativa'. La teología no sólo se elabora desde una composición estrictamente racional, dogmática, desde la especulación más lograda y perfecta. También desde el narración, desde el relato más experiencial. No en vano los primeros cristianos aprenden las verdades teológicas celebrando la liturgia y escuchando la Palabra de Dios en ella. Convierten así el espacio litúrgico como su gran academia de aprendizaje.

Un educador busca nuevos caminos. En la transmisión de valores espirituales, el educador también se ve empujado, inevitablemente, a reflexionar desde claves teológicas. Unas porque ya están en él desde siempre y le acompañan en la vida. Otras se van descubriendo en la medida en que aparecen nuevas preguntas urgiendo respuestas, provisionales algunas y con la fuerza de lo universal otras.

En los tiempos que corren algunos se identificarían con el personaje de Goethe, *Fausto*, cuando después de afirmar 'haber estudiado con genuino y ferviente empeño todas las ciencias, lamentaba haber estudiado, por desgracia, también teología'.

Por suerte o por desgracia, el Autor de *Sijor* se percibe como religado a algo más grande, más perfecto, más absoluto. El lector tiene la oportunidad de descubrir nuevas religaciones si aún no las ha descubierto. La fascinación por Jesús de Nazaret en todo el conjunto de la obra me parece de una fidelidad teologal digna de resaltar. ¿Dónde está su parte más teológica? En lo siguiente: no debemos olvidar que la teología y su elaboración es siempre una historia, tiene lugar en la carne y en la sangre, en la existencia y en la acción de un ser humano, del teólogo en el sentido estricto y amplio del término¹. Es preciso que nos planteemos la pregunta de cómo la teología encuentra a un hombre o a una mujer y cómo se confronta con él o ella, entra en él o en ella y asume en él o en ella forma concreta. Entra en su pensamiento y en su lógica racional del pensar. Cuando la teología entra en un ser humano ya no queda vacía de experiencia y, por lo tanto, de contenido.

¿Dónde está el trasfondo teológico de esta 'nubola'? La 'nubola' es envolvente. Dicen los más críticos a la teología, que ésta también es envolvente. Y lo es porque pasa por todo aquello que toca la existencia de un ser humano. Envuelve la vida y la muerte. Los personajes son testigos de un final trágico. El prendimiento de Jesús y su

¹ Cf. Karl Barth, *Introducción a la teología evangélica*, Sígueme, Salamanca 2006, p. 83.

posterior desenlace generan un sentimiento de tragedia. Esta se va superando poco a poco –habiendo transcurrido el tiempo necesario- cuando una nueva luz lo envuelve todo. Es la luz pascual. No es sin más una luz exterior, es la luz interior que alumbra la vida de los personajes, sus diálogos, sus encuentros, sus avatares cotidianos, sus reuniones de comunidad cuando se encuentran en su nombre. En el esplendor de la cultura griega también alumbra esa luz.

Por eso decimos que el trasfondo teológico de esta ‘nubola’ está en lo que ella misma expresa: ‘asombro’ y ‘admiración’. Esto lleva al propio autor y al lector a dejarse ‘afectar por lo reflexionado’ y a ‘asumir los compromisos que de esta afección se generan’. La lectura de estas páginas –he aquí su aportación teológica- provoca asombro y admiración. Invita a ‘dejarse afectar por el mensaje y la vida de Jesús’. Su lectura nos lleva a un compromiso. Eso sí, quizás, este proceso debe ser asumido, al menos en un primer momento, en soledad. Muchos teólogos afirman que la ‘soledad’ es su mejor compañera de viaje.

El asombro y la admiración

¿Dónde está el asombro y la admiración? El autor es un dominico. Hijo de Santo Domingo, pero discípulo de Santo Tomás. La predicación, con base teológica, es un carnet de identidad. El asombro y la admiración adquieren un valor concreto. No se trata, sin más, de asustarse, espantarse como puede ser para muchos el ‘asombro’, tampoco de contemplar pasivamente lo inesperado, como puede ser para otros la admiración. *Sijor* no se fía fácilmente, no se deja llevar sin más por lo que le ha llamado la atención o le ha fascinado. Somete a disciplina lo aprehendido. Busca rigor en su argumentación y no se contenta con disquisiciones fáciles. Somete a análisis crítico aquello que ya viene propuesto por la tradición religiosa judía. Pero también se deja asombrar y admirar del mundo griego que contempla ante sus ojos. Lo analiza entrando en él, conociéndolo de cerca. Valorando su positividad y cuestionando lo más alejado de la experiencia evangélica. En el libro de despuntan planteamientos teológicos cuando muestra cómo para el cristianismo naciente, la tradición judía heredada -los primeros cristianos son judíos y profesaron su fe en el judaísmo que conocen- debe superar el análisis crítico de los protagonistas. También lo nuevo que despunta cuando el cristianismo se encuentra con las vivencias humanas y religiosas del mundo griego.

La admiración en la teología no es similar a la que se ejercita en las demás ciencias. **La admiración teológica no termina nunca de aprender las lecciones.** Es por ello una admiración difícil de domesticar. Esta admiración, lejos de dejar al hombre libre alguna vez y de alguna manera, se irá apoderando progresivamente de él. Si el hombre llega a estar cada vez más sorprendido, entonces se convertirá de forma total e irrevocable en una persona capaz de admirar. Quizás sea esta la admiración cristiana.

El verse afectado (con el tiempo/la historia; con la comunidad; consigo mismo)

La admiración cristiana provoca en la persona que hace el ejercicio de admirar afección, inclinación, afición, apego. El teólogo es un creyente que se ve 'afectado' por lo que cree. *Sijor*, reflexiona sobre la persona de Jesús cuando se ve afectado por ella. Cuando el teólogo, el creyente o seguidor de Jesús, se ve afectado, va más allá de una mera 'contemplación placentera'. Pone esmero y esfuerzo racional en su creencia. Se implica personalmente. El libro es un texto teologal con trasfondo teológico porque los personajes, a través de sus diálogos, se muestran 'afectados' por el maestro y por lo tanto implicados con su suerte. El autor ha asumido este desafío.

El compromiso

No obstante me pregunto: si la teología es una ciencia que brota del asombro y de la admiración, si la teología 'afecta' a quien en ella se inicia o a quien la utiliza para profundizar en su fe y ser así un predicador-testigo de la Buena Noticia de Jesús, -en definitiva- si la teología es una *ciencia gozosa ¿Por qué hay tantos teólogos que deambulan por ahí entristecidos, con rostros siempre preocupados o incluso amargados, dispuestos en todo momento a expresar sus reservas críticas y sus negaciones?* Quizás la razón esté en este desequilibrio: poner un excesivo énfasis en formular el mejor razonamiento que explique todo o casi todo, olvidando 'equipar' o llenar el corazón, sino con argumentos al menos sí con afectos.

Pues bien, quien lea '*Sijor*'. *El cómplice* se verá empujado, con el protagonista de la 'nubola' a no quedar indiferente, a adquirir un mayor compromiso con Jesucristo y su mensaje. ¡Compren el libro, léanlo y comenten entre ustedes cascarrillos! Sin darse cuenta se habrán visto 'atrapados' por *Sijor*, el protagonista y se volverán cómplices con él sin pretenderlo. Muchas gracias por su atención.

Jesús Díaz Sariago, O.P.

Madrid, 8 de marzo 2011